

La posesión, problema espiritual del burgués

Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier.

Origen del burgués

El burgués nace en torno a la urbe, aparece con la ciudad en el momento en que la Edad Media declina y surge la Edad Moderna; primero con el capitalismo mercantil, después con el comercial.

Lo propio del burgo es que rompe una cosmología autocontenida, eterna, con un lenguaje eterno, el Latín, administrado desde una ciudad eterna, Roma, con una filosofía eterna, el tomismo. Todo sucedía muy lentamente antes del nacimiento de la burguesía y a mayor gloria de Dios, quien sería finalmente, la quietud de todas las quietudes. Este Dios no era pensado como un Dios en devenir, sino como un Dios para siempre, tranquilo, felicitante... que nos recibe en su regazo. Todo ese panorama histórico lo va a hacer cambiar la burguesía.

El burgués es una persona con espíritu de empresa. Está descubriendo mundos más anchos (descubrimiento de América), es capaz de gestas impensables. Los descubrimientos técnicos rompen la monotonía y la quietud de la anterior forma de vida. Nos encontramos con el burgués que no vive en el campo sino en la ciudad, que ha roto con la estructura feudal. Persona-empresa, requería un espíritu aventurero, un afán de lucro y sentido de riesgo que a veces le llevaba a abrir camino con riesgo de su propia vida. En ese sentido, una persona admirable por su valor y por su talante reflexivo, prudente, calculador, con sentido económico, de orden, de rigor.

Orden y progreso

El burgués rompedor y a la vez prudente, se sintetiza en el mensaje final de Augusto Comte: orden y progreso, el positivismo, que sería la última manifestación de la burguesía movida por el orden y el progreso. El movimiento obrero pensará que tal como están planteados estos dos paradigmas, no le interesa y por eso intentará introducir el desorden en este tipo de orden.

Se podría debatir, qué entendemos por orden y si hay un orden bueno y un orden malo, pero el orden que persigue el burgués es el orden que conlleva progreso. Un orden que no es necesariamente el de la dictadura, ya que ésta no le genera confianza al burgués. En una dictadura, uno no sabe a qué atenerse con el dictador, ya que las normas, leyes y consignas pueden variar a su capricho. El orden que desea el burgués es el que le permita saber qué va a pasar, un orden producido por la laboriosidad y las leyes que el propio burgués se dé. Este tipo de orden y progreso serán bendecidos con el tiempo como un orden y progreso moral. El origen de la ética de los negocios. Todo negocio que presente orden y progreso es ético.

Con el transcurso del tiempo, se va a dar un conflicto entre el orden y el progreso, por ser dos factores de difícil conjugación y productor de inestabilidad, pero, en principio, surgen como dos fuerzas contradictorias, que se complementan en lo que tienen de contradictorio: - x - = +. Orden versus progreso dialécticamente, da

progresía. Este proceso llega a su culminación con el desarrollo del calvinismo, que supone la convicción de que Dios ha elegido al empresario, porque éste genera orden y progreso.

El calvinismo es una derivación del protestantismo. Lutero vivía atormentado por la duda de si realmente podría conseguir la gracia de Dios a través de sus obras. El calvinista, pide una señal a su Dios, una manifestación de que está en el camino, de que es digno, de que lo va a salvar, y esta señal la descubre en el trabajo. El trabajo que yo introduzco con orden y progreso es la manifestación más clara de que Dios me quiere. Por tanto, lo que tendría que hacer un hombre ético, por religioso, es ser empresario. Este planteamiento, es el que existe en el fondo del Opus Dei, la santificación por el trabajo. Ellos incluso llegan a manifestar no ser justos en el pago al obrero, del que se aprovechan por la plusvalía que produce su labor, pero lo justifican con que a cambio le ayudan a santificarse.

A lo largo del tiempo, como suele pasar, el paradigma se pervierte y se llega a hacer más hincapié en el orden que en progreso. Hoy en día, la democracia ha generado una ingente cantidad de funcionarios, que viven de la política, del poder, por tanto, del orden, por lo que un político nunca pretenderá el cambio social, la ruptura, sino el mantenimiento del orden. Toda esa masa de gente, pertenece al orden, no al progreso. La burguesía en su fuerza de imantación les ha llevado a su terreno. Habrá que analizar por tanto, qué poder cautivador tiene la burguesía que termina por contaminar al ser humano en su sentir más profundo.

De momento, el orden burgués, que era orden y progreso, se va convirtiendo en dinero ¿Cómo se produce esta transferencia? Porque el dinero es más fácil que la vocación. El dinero pertenece al orden del «humus», de la pesantez de la tierra. El dinero hace una mutación substancial en la identidad de la persona, porque es el instrumento que sirve como mediador entre la cantidad de pena o de placer de algo. Ante una pena o un placer que no podamos decir cuánto dinero vale no podremos decir cosa alguna de ella.

La vocación sin embargo, no hay quien la controle. Pertenece a la creatividad, a la llamada de lo alto, al espíritu, a mi relación con Dios, a mi salvación o condenación eterna... el dinero, por el contrario, es perfectamente controlable,

cuantificable, quien tiene dinero no necesita que funcione la persona, sino el dinero que la sustituye. Puede dejar de ser persona y de arriesgar su vida, porque el dinero adquiere el poder del que la persona abdica. Las características propias del antiguo burgués: riesgo, aventura, progreso... se ven abandonadas en cuanto el burgués se convierte en propietario. El hombre crea el dinero y es el dinero el que deshace al hombre. Es una cuestión que da que pensar, ¿cómo las instituciones que el hombre crea, acaban corrompiendo al hombre que las ha creado? El hombre es corrompido por su propia creación.

Es difícil para el hombre mantener aquella tensión que sumía a Lutero y a San Agustín de Hipona en una incertidumbre permanente, por lo que habrá que reunir signos de poder, de status, de clase, de eficacia y operatividad para poder descansar. A partir de ahí, se explica lo que pasa con otra palabra emblemática de nuestro sistema: «el interés». El interés, cuando no había dinero, era «inter esse», relación entre personas, por lo que curiosamente, la persona inter-esante era una persona que se desinteresaba de sí misma. Por tanto, lo que primaba era una relación dinámica, interpersonal: el yo-tú de Buber. Esto que es un desinterés ético, cuando se convierte en dinero, se transforma en un interés óntico y por tanto en deuda. Deuda, palabra conflictiva que viene de «debitum», participio de «debere», deber moral, yo tengo el deber de ocuparme del otro, por mi desinterés, como persona desinteresada; antes de convertirme en rico me preocupo por él y mi deuda hacia él viene del deber moral de quererle de preocuparme por él.

Cuando el interés moral pasa a ser económico, el deber ético se convierte en deuda crematística. La persona generadora de deberes, se convierte en persona generadora de deudas. Esto es básicamente lo que hace el espíritu burgués, que todo lo que era personal, lo transforma en económico, monetario, abstracto. El principio de la economía consiste en el abandono de lo concreto, a favor de la abstracción.

El tener, característica del burgués

Por eso es tan difícil luchar contra el espíritu burgués, porque lo que hace es poner de relieve lo que cada uno hacemos en nuestra vida coti-

diana. En definitiva, la burguesía es la expresión de esa dinámica de la vida cotidiana de cada ser humano que nos despersonaliza, nos hace abstractos y finalmente nos conduce al tener, en vez de al ser.

El primitivo burgués, que habría camino con su pecho, desapareció cuando se enriqueció. El tener, sin embargo, siendo facultad concreta, no es absoluta sino relativa. La psicología del burgués no se satisface con el mero tener, sino en la medida que uno tiene más que los demás. Nunca se tiene bastante, por tanto, nunca se es bastante. La dinámica de crecimiento de la persona, en el burgués se objetiva y por tanto, si no crece su dinero, no crece él mismo. De ahí devienen dos sentimientos: la envidia y la avaricia.

Todos conocemos burgueses que son muy desgraciados, que se construyen y se destruyen a la vez, y finalmente, el tejido social se desgracia. Lo malo no es que pierda su propia identidad el burgués propietario, lo malo es que la hace perder a todo un pueblo. Todos los pobres desgraciados de nuestra sociedad, han ido a poner flores a las tumbas de John John y Lady Di, porque en el fondo querían ser como ellos. ¿Qué nos puede interesar a nosotros la vida de todos los famosos que aparecen semanalmente en las revistas del corazón?, sin embargo, nos sentimos estimulados por el mecanismo de identificación, por envidia de aquel que ha substanciado en dinero y en poder lo que yo quiero ser. Esa gente nunca va a poder producir nada comunitario, como tampoco va a poder administrar su propia vida.

Nadie puede negar que la burguesía es lo más resistente de todo. Ha caído el comunismo, el propio cristianismo no parece que vaya a durar mucho en Occidente, han caído las grandes teorías sociales... lo único que subsiste es el espíritu burgués. ¿Qué es el pensamiento único? el espíritu burgués; pensamiento único porque es solo uno el que piensa. ¿Quién piensa? El miserable que llevamos dentro cuya manifestación es el ansia por tener.

Tanto poder tiene la burguesía que damos lo que fuera por ser burgueses. La cristiandad occidental, por salvar al burgués que lleva dentro, se ha automutilado, no cediendo alguno de sus miembros, sino dando una buena parte de sí, en profundidad. La cristiandad occidental dice Mounier, ha dividido la verdad en dos y de esta

división no se han producido dos verdades sino dos errores. Cada uno de nosotros, dice Mounier, lleva dentro una parte proporcional del burgués: un 5%, un 25%, un 50%... lo que sucede es que el burgués se irrita más dentro de sí, cuanto más parte lleva, como un demonio en un poseído.

Con todo este trajín, lo que el burgués busca denodadamente es la felicidad. No hay cansancio mayor que el que produce la búsqueda de la felicidad a través de esta lucha. Es difícil llegar a ser feliz con estos mecanismos de erosión interna. Por eso no es difícil encontrar, cada vez más, casos de personas que habitan nuestras prominentes sociedades capitalistas, que tengan mucho y vivan sin sentido.

Existe una clara tendencia del burgués a querer ser feliz a través del prestigio: la cátedra, los títulos, los trajes, la posición social, el coche... cada uno se monta sus propias condiciones de prestigio, pero es que el prestigioso está siempre insatisfecho, continuamente pendiente del nivel de prestigio que los demás le reconozcan. Quien para ser feliz necesita que los demás le reconozcan su prestigio, su felicidad siempre estará al borde de un hilo. Esta sí que es la gran estafa que el burgués se hace a sí mismo. Su gran drama es que a pesar de que uno se oculte a sí mismo para dar una imagen determinada, al final, los demás te conocen. El burgués nunca estará bien, más aún, estará peor cuanto mejor quiera aparecer. No somos ni el gigante de nuestros deseos ni el enano de nuestros temores. Por tanto, al final, cuanto más posee menos es, menos tiene realmente.

Quienes nos encontramos en una posición de privilegio en esta sociedad somos ciertamente burgueses, pero es que hoy en día, los obreros y la gente sencilla, funcionan con los mismos planteamientos, son igualmente burgueses ¿Cómo se soluciona esto? ¿Qué planteamientos propone la política burguesa?... permanecer en la vorágine, porque no va a haber ninguna solución, ni por parte de la izquierda ni de los otros partidos políticos del espectro actual, porque están en lo mismo.

En el pequeño burgués, sus valores, son los del rico, achaparrado, acartonado por la envidia. El espíritu burgués siempre tiene un después: primero el cuello duro, después el hotelito, después el coche, después al mar, después que le preste

atención el rico, después que se le iguale a él, después que todo eso se convierta en religión.

Cuidado con los purismos

Finalmente nos encontramos con un subproducto del burgués hoy ya a punto de desaparecer, una burguesía intelectual que practica un espiritualismo desespiritualizado. Todo lo entienden como malo. Los intentos de cambio social son intentos demasiado materiales, por lo que se dedican a lo espiritual, a lo religioso, en definitiva a lo verdadero. Son los puros, los idealistas. No trabajan por cambiar las cosas ni la realidad opresora, incluso pueden ver como negativo tal intento. Prefieren creer que actúan, pronunciando palabras bonitas separadas del compromiso, refugiándose en la elocuencia y el fariseísmo, denostando al mundo pero sin mover un dedo. Así funcionamos algunos burgueses que hemos leído un poco más... somos gente que morimos la víspera. Sin embargo, el mundo es una montaña de mierda que hay que quitar con las manos. Lo importante es no ensuciarse el corazón.

La burguesía tiene además hoy una deriva que es la apostasía de la militancia. El burgués no puede ser militante, por eso la militancia que hoy tenemos es casi cero.

A veces, a uno le asalta la tentación de dejar de predicar aquello que no es capaz de practicar, pero esa postura que pretende ser una respuesta honrada, tiene más de orgullo y de falta de humildad que de otra cosa. ¿Quién sería entonces, en este mundo digno, de pronunciar palabra? Es mucho peor callar. Tenemos que reconocer que algunos de los que estamos en estos frentes, nos encontramos donde estamos, seguramente porque alguna vez, alguien que tampoco fue puro, nos ayudó más por lo que decía, que por lo que llegaba a vivir, a seguir adelante. No voy a esperar a ser puro para hablar.

De la cultura del «yo» a la del «nosotros»

En guaraní, no existe un término que indique al «yo», más bien éste se ve sustituido por el nosotros; con múltiples acepciones: nosotros masculino y femenino, exclusivo o incluyente... Res-

ponde a un tipo de cultura centrada en el nosotros. Esto contrasta con nuestra cultura fundamentada en Descartes, en el idealismo posesivo de Hegel... es decir en la cultura del «yo», y sorprende además que nosotros hayamos hecho el «yo» sin el nosotros, de la misma forma que culturas más primitivas, hayan construido una cultura del nosotros sin el «yo», teniendo en cuenta que somos nosotros los «civilizados».

La burguesía ha tratado de plantear la vida como un quid pro quo cuando lo que es necesario plantear es justo lo contrario un quo pro quid. Quid pro quo significa tomar algo como alguien, tomar las cosas como personas, característica propia de Occidente donde pensamos que las cosas hacen a las personas. Es necesario descubrir el camino de vuelta, el camino de las personas hacia las cosas. Es un acercamiento de los pronombres pero en este orden: del ello al él, del él al tú, y del tú al yo. Existe en nuestro pequeño mundo burgués, la tendencia de intentar cosificar a las personas; pues bien, nuestra propuesta será la de personificar a las cosas, dotar a los objetos de su sentido humano, dirigirnos al cosmos como San Francisco de Asís.

Cualquier tiempo pasado no fue mejor

Y ¿cómo se emprende este camino? Con frecuencia se oye decir: Es que cuando conseguimos sabernos las respuestas, nos cambiaron las preguntas. Parecía que con el marxismo empezábamos a ver la cosas más claras, parecía que era la respuesta a los grandes interrogantes... y hoy en día, todas esas grandes teorías han pasado a ser recuerdos del pasado.

Yo creo, en primer lugar, que no nos supimos la lección como pensamos. Muy poca gente había en su día, de las que se decían marxistas que lo fueran realmente. Además siguen planteándose las preguntas de siempre: ¿Por qué nos siguen tratando como a cosas si somos personas?, ¿Por qué se nos estimula el sentido despersonalizador de la diversión barata y superficial en vez de educarnos en el sentido, en el diálogo, en la razón...? Somos presos de nuestro «yo» europeo. Nos aseguran además que no se puede hacer nada y nos lo creemos. Han logrado lo que querían. Hemos dado por perdida la batalla antes de entrar en la lucha. Y no es verdad que esto sea

así, porque nunca se han dado en la historia, como decía el marxismo, tantas condiciones objetivas de pobreza e injusticia como ahora, para que las cosas tengan que cambiar, pero preferimos decir, antes de hacer nada, que estamos muertos, pero «nos gusta» esta situación de muerte que llevamos en la vida. Para el burgués, la pregunta no es si hay vida después de la muerte, sino si existe vida en esta vida. Nadie puede entender la resurrección si está muerto ya aquí y se piensa que todos están muertos como nosotros. Pero no es cierto. Sí que se puede resucitar, si se sabe y si se quiere.

Saber, poder, querer. Algunas cosas que se pueden hacer si se quiere

Hoy en día sabemos qué hacer para llevar a cabo la revolución. Sabemos cómo funciona el mundo, conocemos los manejos del Fondo Monetario Internacional, la relación mercancía-dinero, los planteamientos del Banco Mundial, conocemos las multinacionales y sus accionistas... Podemos dar pasos para ir funcionando de otra manera. ¿Queremos? El problema es que no queremos, porque el burgués no quiere de verdad. Solo desea cosas, reconocimiento... El que no desea ser burgués quiere de verdad, con un querer universal que abarca a toda la humanidad. Para que un querer sea ético deberá de ser universalizable.

El planteamiento que yo hago es básicamente a dos escalas: global e individual. No creo en las mesoescalas aunque las respeto, pues más vale eso que nada.

A. Olvidemos la Ayuda Humanitaria de los países del Norte a los del Sur: 0'7% y otros fondos caritativos... etc. no se puede querer al otro el 0'7%. Por cada dólar que el Norte presta al Sur, el Sur le devuelve cuatro. Este tipo de planteamientos puede ser bueno para los catecúmenos principiantes, no para militantes.

B. Condonación de la Deuda Externa: Sabemos que esta medida tiene su origen en la ley que dictó Moisés a su pueblo Israel consistente en la declaración de un año jubilar, que obligaba a dar descanso a la tierra y a los esclavos que la trabajaban. En vez de hacer el Camino de Santiago para abrazar la estatua (afeitar la Esfinge) del santo, ¿por qué no peregrinar clamando a



Carlos Díaz con Rubén Vázquez (dcha.).

voz en grito, por la necesidad de una medida de gracia para el tercer mundo? Porque se ha pervertido el peregrino en turista.

C. Reforma de los organismos internacionales: La soberanía de los países es una quimera. Todavía existe el derecho al veto de un país sobre las decisiones e intereses de los demás. A estas alturas a nadie se le escapa la forma de actuar del Fondo Monetario Internacional, y su falta de escrúpulo humano, ni que decir tiene de los crápulas del Banco Mundial... El comercio Internacional de los Productos del Tercer Mundo: Europa vive del comercio desleal, de las subvenciones que reciben nuestros productos para que puedan ser competitivos y ninguna organización de izquierda denuncia este abuso que llevamos a cabo los ricos contra los pobres de este mundo.

D. Antimilitarismo: El 41% de los gastos del PIB mundial se dedica a la producción de armas. La mayoría de los científicos del mundo trabaja directa o indirectamente para industrias armamentistas. Igualmente abogados, jueces, juristas... trabajan para legitimar esta injusticia. Si acabamos con los brazos armados de la burguesía, estaríamos desarmando parte del aparato que la sustenta y la refuerza. No podemos colaborar en este plan de estructuración mundial, no podemos pagar para seguir engordando esta estructura, es necesario plantear la objeción fiscal, la objeción de conciencia, utilizar todas las armas y argumentos a nuestro alcance para horadar los pilares de este sistema.